

rechazado, era seguro que despues las rechazaria mas que nunca. Ahora bien, ninguna gran potencia formula una exigencia á sabiendas de que ha de ser rechazada, si no está decidida á lograrla á la fuerza. En el caso de que se trata habria sido menester una guerra á muerte con toda la Alemania; y si el emperador (debía decir Benedetti) está preparado y decidido para semejante guerra, hágase la reclamacion y si no, no; y yo no creo conforme á mis deberes como francés, como hombre de Estado y como fiel servidor de mi emperador presentar semejante reclamacion. A haber hablado así Benedetti, habria producido una impresion decisiva en el emperador, que estaba enfermo en Vichy, ó por lo menos habria logrado aplazar el asunto; y habiendo pedido, despues de la autorizacion condicional del ministro, me permito decisivo de ir á Paris, habria podido presentar sus observaciones en persona. La verdad era que Benedetti no tuvo semejante intencion y no miraba ni remotamente el asunto con tanta seriedad. No vió de mejor de Francia mas que la necesidad absoluta de las compensaciones, y de parte de Prusia no advirtió ninguna imposibilidad.

El proyecto de tratado contenido en el telégrama del ministro del 29 de julio, pasaba mucho mas allá del límite dentro del cual el conde de Bismarck habia declarado como posible una negociacion sobre rectificacion de fronteras. El proyecto consistía en los tres artículos siguientes:

«1.º El imperio francés vuelve á entrar en posesion de los territorios, pertenecientes actualmente á la Prusia, que estaban incluidos en los límites de la Francia en el año 1814.

»2.º La Prusia se obliga á alcanzar del rey de Baviera y del gran duque de Hesse, reservando á estos soberanos una indemnizacion, la cesion de los territorios que poseen en la orilla izquierda del Rhin, y transmitirlos á la Francia.

»3.º Quedan suprimidas todas las disposiciones que ligan á la confederacion alemana con los territorios que se hallan bajo la soberanía del rey de Holanda, como igualmente las disposiciones que se refieren al derecho de tener guarnicion en la fortaleza de Luxemburgo (1).»

Habiendo omitido Benedetti señalar al emperador con toda su energía la formidable gravedad de las consecuencias que esta exigencia podia tener, debió por lo menos tener la precaucion de presentar su proposicion de una manera que, en caso de ser rechazada, dejara al emperador disponible una decente retirada, renunciando á su pretension sin dejar ninguna huella escrita de su torpeza. Podia enseñar el proyecto y recomendar verbalmente su admision, pero no debía haber dejado nada escrito; debió conocer la disposicion de espíritu que habia en Alemania para prever el uso que de estas pocas líneas podia hacerse en daño del emperador y hasta perdiendo toda su política alemana; pero ni en esto siquiera pensó, sino que por la mañana del 5 de agosto envió una copia del telégrama de su ministro al conde de Bismarck, con una carta que decía así: «Mi querido presidente: En contestacion á las comunicaciones que envié á Paris á consecuencia de nuestra conversacion en 26 del mes pasado en Nikolsburg, recibo de Vichy el proyecto de un convenio secreto del cual encontrará adjunta una copia. Me apresuro á ponerlo en su conocimiento para que pueda examinarlo con calma. Por lo demás, estoy á su disposicion para hablar del asunto con usted tan pronto como juzgue el momento oportuno. Enteramente á sus órdenes: *Benedetti*. — Domingo, 5 de agosto de 1866 (2).»

(1) Publicado en *Preuss. Staatsanzeiger* del 10 de agosto de 1870. Véase Hahn: *Furst Bismarck*, tomo I, pág. 508.

(2) Esta carta se encuentra publicada en la misma Gaceta oficial mencionada en la nota anterior y en el mismo número; pero á pesar de la fecha terminante de esta carta, que dice: domingo 5 de agosto de 1866,

En compañía de esta cartita el embajador francés pasó el proyecto fatal al ministerio de Negocios extranjeros y un momento despues escribió á su ministro las siguientes líneas, que prueban mas que nada que un viaje prévio á Paris habria sido completamente supérfluo. Decía Benedetti:

«Señor ministro: A mi llegada á Berlin he encontrado su despacho telegráfico que me comunica el texto del convenio secreto que segun las órdenes de V. E. debo proponer al gobierno prusiano. Puede estar V. E. seguro de que no omitiré ningun esfuerzo para hacer aceptar sus disposiciones por viva que sea la resistencia que seguramente encontraré. Convencido de que el gobierno del emperador se muestra razonable, limitándose, en vista de los aumentos asignados á la Prusia, á las seguridades contenidas en su proyecto, me prestaré difícilmente á aceptar proposiciones de alteracion esencial cualquiera que sea, ni para pasarlas á V. E. por via de simple informe. Considero, y me complazco en decirlo, que en esta negociacion la firmeza es el mejor medio de demostracion que debe ser empleado; y me mostraré firmemente decidido á rechazar toda proposicion que no crea aceptable. No dejaré de demostrar, y el hacerlo no me costará ninguna dificultad, que la Prusia desconoceria lo que exigen la justicia y la prevision, y nos ofreceria al propio tiempo la medida de su ingratitud, si quisiera negarnos las garantías que la extension de sus fronteras nos obliga á pedir. Para proceder, sin embargo, con prudencia, atendido el temperamento del presidente del consejo de ministros, no he creído conveniente presenciar la primera impresion que le cause la certidumbre de que pedimos la orilla del Rhin inclusa la fortaleza de Maguncia. A este objeto le he enviado hoy una copia del proyecto con una carta confidencial cuyo texto encontrará V. E. adjunto. Trataré de verle mañana y daré parte á V. E. de la disposicion de ánimo en que le haya encontrado (3).»

La misiva de Benedetti puso á la Prusia en el caso de hacerse cargo de cuáles eran los deberes de su nueva posicion de gran potencia de Alemania, y esta pregunta quedó al instante contestada en dos asuntos diferentes. En la mañana del mismo 5 de agosto en que se recibió la comunicacion de Benedetti, el rey Guillermo hizo la paz con su pueblo por medio de un acto verdaderamente régio y tres dias despues se acordó rechazar la pretension de Napoleon aunque resultara una nueva y formidable guerra.

El dia de la batalla de Koniggratz estaba tambien destinado á efectuar las nuevas elecciones para la cámara de diputados, y aquel mismo dia, el 3 de julio de 1866, cuando el ejército prusiano derrotó al austriaco, el buen sentido de los electores prusianos rompió el yugo del partido progresista, que aquel dia perdió la mitad de sus puestos en la cámara y los que quedaron no tuvieron ya ni fuerza, ni unidad, ni conciencia para continuar su oposicion. Claro es que la noticia del triunfo habia de hacer la mayor impresion en los electores, y el ministro, que pudo calcular esta impresion con toda seguridad, no dudó un momento de que habia llegado la hora de cumplir la promesa que habia dado públicamente en 13 de octubre de 1862.

La exigencia que Benedetti habia presentado en nombre del emperador en Nikolsburg y que todavia no se habia discutido definitivamente en Berlin, creó una situacion que exigió hacer una pronta paz en el interior del propio país para

se han servido tanto Benedetti como el citado diario oficial de a fecha errónea del 6 de agosto, á pesar de que la palabra domingo 5 de agosto excluye todo error, tanto mas cuanto que el mismo domingo 5 de agosto fué notable por el discurso del trono del rey Guillermo.

(3) Publicada en el periódico oficial citado de 21 de octubre de 1871 y contenida tambien en el apéndice de la obra de Rothan: *La política francesa*, 1866.

concentrar todas las fuerzas vivas de la nacion, renunciando á toda política puramente de partido. Antes de regresar á Berlin debía quedar redactado el discurso del trono. Se trataba del porvenir y de los derechos de la corona, y con este motivo hubo al regreso una violenta discusion en Praga, en la noche del 3 de agosto, respecto de la cual Bismarck escribió á su esposa: «Gran desavenencia tocante al discurso del trono. A esta gente les falta trabajo, no ven mas allá de sus narices y practican su arte de natacion en las olas tempestuosas de la frase. Hay medio de dominar á los enemigos, pero ¿y los amigos? Casi no ven el mundo mas que por un agujero.» El dia en que escribió estas palabras declaró Bismarck por primera vez ante sus antiguos amigos políticos que si como hombre de partido podia estar á su lado, como hombre político y de Estado se hallaba separado de ellos. Se le habia presentado á la cabeza de una comision de sus colegas políticos el señor de Kleist-Retzow para hacerle presente lo que entonces continuaba publicando en toda clase de tonos, esto es, que despues de haber vencido el trono por la gracia de Dios al enemigo extranjero, era tiempo tambien de vencer al enemigo interior; que la constitucion de Waldeck no tenia ya razon de ser; que la constitucion existente no era propia de la mision que tenia la monarquía engrandecida, por cuya razon debía disolverse la cámara de diputados y someterse al nuevo parlamento una nueva constitucion mas moderada, que el orador probablemente llevaba en el bolsillo. El gobierno contestó redactando un discurso del trono en el cual solicitaba de las cámaras un bill de indemnidad por las transgresiones pasadas. En esta solicitud tenian tanta parte la honradez y lealtad del monarca, que se acordaba de su juramento, como la sagacidad diplomática. No podia suponerse tampoco otro resultado, pues que el periódico ministerial *La Correspondencia Provincial* habia cambiado completamente de lenguaje desde las nuevas elecciones, distinguiéndose de la prensa feudal, que tanto habia contribuido á emponzoñar el conflicto. El periódico oficial habia comentado en 4 de julio las elecciones del dia anterior, no como el triunfo de un partido afecto al gobierno sino como el principio de curacion del fanatismo de partido, y habia expresado la confianza de que era de todo punto imposible que se renovase la disputa sobre la cuestion militar, y acabada ésta, acabaria tambien la contienda relativa á los presupuestos. Por último decía que desde el principio de la lucha interior no se habia presentado momento tan favorable para restablecer la paz como aquel momento de comun entusiasmo patriótico, y que el gobierno ciertamente no omitiria nada para facilitar la paz y la reconciliacion, esperando encontrar en todas partes oídos voluntariosos y sinceros.

La contienda era el resultado de la reconstruccion del ejército en el año 1860, cuando fué rechazada por la comision de presupuestos la proposicion del 10 de febrero, que contenia las bases de aquella reorganizacion, resolucion que la cámara habria hecho suya indudablemente si el gobierno se hubiese empeñado en sostener su proyecto exponiéndose á una derrota completa. Así se vió el ministerio en la alternativa ó de renunciar á una obra indispensable y que por lo que se habia realizado no podia revocarse ya, ó de llevarla á cabo con el auxilio de un permiso provisional, en la esperanza de ser aprobado mas adelante definitivamente. La resolucion de la cámara de diputados del 23 de setiembre de 1862 que rechazó toda la reforma del ejército, habia obligado al gobierno á prescindir de un derecho constitucional, y como la cámara insistió durante cuatro años en su exigencia de abolir la reforma, el ministerio tuvo que gobernar el país durante igual espacio de tiempo sin presupuestos aprobados constitucionalmente, lo que si no era constitucional,

no era tampoco contrario á un artículo expreso de la misma constitucion que sabemos autorizaba al gobierno á cobrar las contribuciones. Al retirar la cámara de diputados su exigencia de anular la reorganizacion del ejército, quedaba simplificada toda la cuestion de la contienda constitucional, y si la cámara no habia tenido intencion de atacar la constitucion de la monarquía, debía aprobar lo hecho por el gobierno por medio de un bill de indemnidad, que estaba dispuesto el gobierno á pedir, como lo dió á entender otro artículo de *La Correspondencia Provincial* publicado el 11 de julio, bajo el título de: «La victoria de la Prusia y la paz interior.» En este artículo se decía que la reciente campaña habia evidenciado completamente la excelencia de la reorganizacion del ejército, y se añadía: «El ejército ha resistido tan brillante y gloriosamente la prueba á que se ha visto sometida su organizacion, que sería un crimen querer tocar á esta organizacion probada, solo para satisfacer á opiniones de partido. La organizacion que tenemos es excelente; otras que quisieran ponerse en su lugar podrán ser buenas, pero no se ha probado su bondad. Si, pues, el gobierno quiere mantener lo que es bueno y no quiere cambiarlo por lo que es incierto y dudoso, podrá contar con el pueblo prusiano, que contempla con orgullo y alegría su ejército excelente, admirado por toda la Europa. Si con esto se suprime la larga contienda sobre la cuestion militar, dejándola definitivamente enterrada, se verá muy pronto que la contienda constitucional originada por el derecho de la aprobacion de los presupuestos no tiene en realidad razon de ser. Se cumplirá la palabra del rey: «Tan pronto como se haya alcanzado aquel objeto resultará asegurada perpétuamente en el terreno constitucional la paz en el país y con ella la realizacion de las intenciones del gobierno para el desenvolvimiento próspero de la legislacion.»

El rey Guillermo salió el domingo 29 de julio de su cuartel general de Nikolsburg para despedirse de su ejército y regresar á Berlin. En el Campo de Marzo, en las afueras de Viena, entre Ladendorf y el bosque de Stockerau, pasó revista al ejército del Elba, y el martes entre Schonkirchen y Gansersdorf revistó una parte del primer ejército del príncipe Federico Carlos. Despues de concluir esta funcion militar dijo á los generales reunidos: «Es la obra de Dios la que vemos hoy delante de nosotros. A Dios solo pertenece el honor. Hemos sido los instrumentos de Dios. Debo y debe la patria esta campaña brillante, tan rápidamente concluida y coronada de tan gloriosos resultados, al valor incomparable de mi magnífico ejército y á su direccion distinguidísima.» A varios capellanes del ejército dijo al pasar: «Señores, la mision de ustedes es importante y á menudo muy penosa. Les agradezco todo. Sé que en casa y en el campamento se ha orado mucho y ahora cogemos el fruto de estas oraciones. Dé rodillas debemos dar gracias á Dios por ello, y no hemos de tener ahora ni soberbia ni presuncion, sino humildad: prediquen ustedes esto, señores.» El 2 de agosto emprendió el regreso, haciendo noche en Brunn; el 3 durmió en Praga, donde fijó con Bismarck el texto del discurso del trono; el 4 llegó por la tarde á Gorlitz (1) y por la noche, á

(1) Llegó á las tres de la tarde á Praga, donde despues de comer hizo con Bismarck una excursion en coche al antiguo palacio real ó castillo de aquella capital; visitó tambien el palacio de Waldstein; recibió al cardenal-príncipe de Schwarzenberg, y pasó el resto de la tarde y parte de la noche escribiendo. El director del teatro habia dispuesto una funcion extraordinaria para aquella noche, pero cuando se quiso determinar al rey á honrar la representacion con su presencia, contestó en tono grave: «El que ha visto como yo muertos y heridos de sus bravos soldados, no puede ir á ningun teatro.» En Gorlitz estaban las masas del pueblo como fuera de sí; pero á pesar de que el tiempo de la comida estaba limitado, porque se queria llegar á Berlin antes de media noche y se sabía

las diez y media, entró en Berlín, acompañado del príncipe heredero, del príncipe Carlos, del conde de Bismarck y de los generales Roon y Moltke, pasando al palacio con la reina entre el indescriptible júbilo del pueblo.

En 5 de agosto saludó al parlamento con un discurso de apertura como jamás se ha pronunciado ninguno desde que hay parlamentos. El rey dirigió una ojeada retrospectiva á la guerra, que hasta en la historia militar gloriosa de la Prusia no tenía ejemplo, y de estos grandes sucesos habló en términos tan modestos y llanos, que desde las primeras palabras se conocía adónde iba á parar. En el alma de este rey no había nada de la dureza de un rey militar, de un rey de ejércitos que hace la guerra por la guerra, que en la embriaguez del triunfo se cree ser igual á los inmortales y que á la muerte de sus veteranos no siente mas que lo que sentían los emperadores romanos al recibir el último saludo de sus gladiadores en el circo. Despues de dar humildemente las gracias á Dios por su auxilio, que había permitido á la Prusia no solamente apartar de sus fronteras el peligro del ataque enemigo sino tambien añadir á las glorias pasadas en rápidos triunfos nuevos laureles y despejar el camino al desenvolvimiento nacional de Alemania, pronunció estas hermosas palabras: «Bajo la visible bendición de Dios, la nación armada acudió con entusiasmo al llamamiento de la lucha santa por la independencia de la patria; y nuestro ejército heróico, auxiliado por algunos pocos fieles aliados, marchó de victoria en victoria tanto al Este como al Oeste. Se ha derramado mucha sangre preciosa; la patria llora á muchos valientes que murieron seguros de la victoria hasta que nuestras líneas se extendieron desde los Carpacios al Rhin. Ahora el gobierno y la representación nacional, en buena armonía, tendrán que madurar los frutos de la sangre vertida si no se quiere que haya sido inútilmente derramada.»

Tambien señaló el rey con igual orgullo la situación económica del país, porque á pesar de los sacrificios que había costado la guerra con Dinamarca, y á pesar del conflicto constitucional, había sido posible sufragar los gastos de la última guerra con los ingresos y fondos públicos existentes, sin imponer al país mas gravámenes que los que autorizaba la ley para objetos de guerra.

Victorioso, pues, en la guerra y desahogado el tesoro, en posesion de todo el poder político y moral, como no lo había poseido ningun rey de Prusia, añadió á su discurso lo siguiente, respecto de la cuestion constitucional:

«No me ha sido posible en los últimos años llegar á ponerme de acuerdo con la representación del país tocante á los presupuestos; de suerte que los gastos públicos hechos en este período de tiempo carecen del fundamento legal que como yo reconozco, recibe el gobierno cada año solo en virtud del artículo 29 de la constitucion.

»Mi gobierno ha funcionado varios años sin esta base legal; pero lo ha hecho despues de un exámen concienzudo, en la conviccion del deber que tenía de atender á la continuación ordenada de la administracion y á lo que se debe á los acreedores y empleados del Estado, á la conservacion del ejército y de los institutos del Estado, todo lo cual hizo ineludiblemente necesaria en el interés del país la conducta del gobierno. Tengo la confianza de que los últimos sucesos habrán contribuido y contribuirán á obtener la inteligencia indispensable, concediéndose á mi gobierno respecto de su

que en todas las estaciones del camino esperaban millares el paso del rey, no olvidó el monarca su deber y supo encontrar el tiempo necesario para visitar los hospitales militares de la ciudad y consolar á los heridos. Los que han visitado hospitales de sangre saben lo que significa esto, y mas cuando se viene de un banquete y se encuentra recibido por masas llenas de júbilo. Schneider: *Memorias; escenas de la vida del emperador.*

administracion sin presupuestos aprobados un bill de indemnidad, á fin de que pueda ser llevado á término el conflicto actual, tanto mas cuanto que debe esperarse que la situación política de la patria permitirá un ensanche de las fronteras del Estado, la organizacion de un ejército federal uniforme bajo la direccion de la Prusia y la cooperacion de todos los miembros de la confederacion para soportar por igual los gravámenes y cargas del Estado.»

Jamás había negado el rey el derecho de la cámara de diputados á discutir y aprobar ó desaprobado los presupuestos; solo se había opuesto á la extension de este derecho, que conducía al despotismo de la mayoría en las cuestiones de guerra, del Estado y del ejército; había combatido una doctrina constitucional que lo absorbía todo si se consentía á sus defensores el derecho de anular la reforma militar, porque esto era el desarme de la Prusia y la disolucion de su ejército. Semejante resistencia era injusta; la constancia del gobierno en llevar adelante su organizacion militar contra las resoluciones repetidas de la cámara de diputados había sido considerada contraria á la constitucion, porque nadie examinó militarmente la reforma del ejército, sino que el proyecto fué rechazado simplemente como obra de un partido político contrario á la constitucion. En el calor de la lucha la cámara de diputados había entrado en una via que seguramente la mayoría no había tenido al principio intencion de seguir, y en esto consiste la fatalidad. El fanatismo de los partidos tergiversa por odio y recelo las diferencias, que en su origen no son sino cuestiones mal aclaradas ó mal comprendidas; y si en el consejo del rey hubiese prevalecido el mismo espíritu de parcialidad, el partido feudal se habría apoderado de la situación y se habrían adoptado los proyectos recomendados por el jefe del mismo partido, Kleist-Retzow, y sus amigos. Pero había llegado uno de aquellos momentos en que se hace evidente que la honradez es la prudencia, es decir, que la política honrada es tambien la mejor política. Por esto realizó el rey en su discurso del trono del 5 de agosto, pidiendo el bill de indemnidad, el hecho mas grande que un rey pudo realizar con una simple palabra. Durante cuatro años se había vituperado, maldecido y combatido al gobierno del rey como el gobierno de un partido, el feudal, y el rey destruyó el fundamento de esta acusacion en su discurso con una sola palabra. Nadie había tomado en serio la promesa del 13 de octubre de 1862 y hasta había quedado olvidada. El mérito moral del gobierno consistió, pues, en cumplir lo que había prometido y en cumplirlo sin titubear y sin haber sido impulsado por nadie á ello.

Si grande había sido el día 3 de julio de 1866 en la vida del rey Guillermo, porque en él se rompió el yugo extranjero del Austria, mas grande fué el día 5 de agosto, cuando de regreso de la guerra mas gloriosa, inclinó su espada triunfante como los antiguos dictadores de Roma ante el Senado, diciendo en su discurso del trono del mismo día que en Prusia y Alemania debían dominar la ley y no el sable, la constitucion y no el capricho del potentado ni la arbitrariedad de un partido ambicioso.

El embajador del emperador de Francia no tuvo naturalmente la menor idea del gran aumento de poder material y moral de la Prusia á consecuencia de la obra del 5 de agosto; y así esperó dos largos días una señal de vida del conde de Bismarck hasta que por la noche del día 7 de agosto, no pudiendo dominar su impaciencia, pasó á visitarle á su casa. Se hallaba á la sazón en el gabinete del ministro prusiano, Vilbort, corresponsal del *Sicde*, que hacia á Bismarck su visita de despedida para darle las gracias por las atenciones que le había dispensado en Berlín, en el campamento de Horitz y en Nikolsburg. A las diez fué anunciado el conde de Bene-

detti, y Bismarck dijo al periodista que pasara al salon y le aguardara tomando una taza de té, pues estaría pronto á su disposicion; pero pasaron casi tres horas, durante las cuales esperaron el periodista, la familia y los amigos de la casa, hasta que vieron entrar en el salon á Bismarck, sereno y sonriente. Se sirvió té, se fumó y se bebió cerveza á la manera alemana; la conversacion se hizo viva, se habló de Francia, Italia y Alemania; y como corrían entonces en Berlín voces de una guerra inmediata contra la Francia, dijo Vilbort al marcharse á Bismarck: «Señor ministro, ¿quiere usted permitirme una pregunta muy indiscreta? ¿Me llevo á Paris la guerra ó la paz?» A esto contestó Bismarck en tono vivo: «La amistad, la amistad duradera con Francia. Espero firmemente que la Francia y la Prusia formarán en adelante una alianza fraternal de inteligencia y de progreso.»

Solo tenemos indicios, debidos ya al conde de Bismarck, ya al conde de Benedetti, de lo que resultó en aquella entrevista nocturna de tres horas entre el ministro del gabinete prusiano y el embajador de Napoleon. La exigencia escrita que Benedetti recomendó en esta conversacion verbalmente con decision y calor á Bismarck, conforme había avisado en 5 de agosto á su ministro, fué rechazada por Bismarck con la misma decision y diciendo á su interlocutor que semejante exigencia era la guerra y que el embajador haría bien en ir personalmente á Paris para evitarla. A esto repuso Benedetti que á Paris iría de todos modos, pero que no podría menos de recomendar por conviccion propia al emperador el sostenimiento de su exigencia, porque él mismo estaba persuadido de que la conservacion de la dinastía peligraba si no se tranquilizaba á la opinion pública en Francia con una concesion de esta clase por parte de Alemania (1). Bismarck repitió que despues de tan grandes victorias no había medio de proponer siquiera al rey semejante proyecto, por lo cual suplicaba al embajador que retirara su nota, se consideraría todo el asunto como no ocurrido y no se diría al rey ni una palabra del caso. Benedetti no vió el puente que le facilitaba Bismarck para una retirada honrosa, y contestó que las órdenes de su gobierno eran formales y que si el ministro se negaba á poner en conocimiento de su soberano las exigencias oficiales de la Francia, no tendría mas recurso que solicitar ser recibido por el mismo rey (2). Al final de la entrevista suplicó Bismarck al embajador que llamara la atencion del emperador sobre que una guerra en circunstancias dadas podría ir acompañada de estampidos revolucionarios, enfrente de los cuales la dinastía alemana resultaría mas sólidamente arraigada que la del emperador Napoleon. Las últimas palabras del embajador fueron: «Si usted rehusa, es la guerra,» á lo cual el ministro prusiano contestó tambien en són de despedida: «Pues bien, la guerra.»

Por la mañana del 8 de agosto fué recibido el embajador francés por el rey Guillermo, que en sustancia le vino á decir que no cedería ni un terron de tierra alemana ni una chimenea de aldea alemana.

Aquella misma mañana el periodista Vilbort visitó al consejero prusiano Keudell, para preguntarle por qué se había sonreído de una manera tan singular cuando la noche anterior le habló Bismarck de la amistad con Francia, á lo cual Keudell le respondió: «Usted se parte esta noche para Paris; pues bien, déme usted su palabra de honor de guardar el secreto de lo que le voy á confiar hasta que se halle en Paris: antes de quince días tendremos la guerra junto al Rhin si la Francia insiste en sus exigencias territoriales. La Fran-

(1) El periódico oficial del 10 de agosto de 1870; Hahn: *Bismarck*, tomo I.

(2) Rothan, pág. 352.

cia nos pide lo que ni podemos ni queremos dar. La Prusia no cederá ni una pulgada de terreno alemán; no lo podríamos hacer sin levantar contra nosotros toda la Alemania; pero si es preciso que de todos modos se haya de levantar toda la Alemania, la haremos levantar contra la Francia y no contra nosotros (3).»

Vilbort, que salió de Berlín en la noche del 8 de agosto, guardó el secreto hasta que se halló en Paris; pero entonces, el 10 de agosto, publicó la gran noticia, con la cual aseguró al rey de Prusia contra el emperador de Francia una victoria completa.

El conde de Benedetti no pudo decidirse á partir antes de haber hecho una última tentativa para alcanzar siquiera algo; y á fin de contentarle le dijo Bismarck que si bien no había que hablar de concesiones de territorios alemanes, quedaban otras combinaciones para las cuales estaba él dispuesto, porque necesitaba una gran alianza para defenderse contra la mala voluntad de otros gobiernos y esta alianza había de hacerse con la Francia; que por lo demás se enviaría á Paris al señor de Loe con instrucciones detalladas para hacer ver al emperador por qué no era aceptable su proyecto de tratado, y se encargaría al conde de Goltz que buscara los medios de contentar á la Francia. Entretanto el conde de Benedetti supo con espanto que el general Manteuffel había sido llamado súbitamente desde su cuartel general de Francfort á Berlín y enviado el 7 de agosto en mision extraordinaria á San Petersburgo, lo cual hizo temer al embajador francés que este general pudiera muy bien haber recibido la mision de explicar á la corte de Rusia por medio del proyecto de tratado del 5 de agosto, por qué la corte de Paris no había querido aceptar la idea de un congreso de las grandes potencias. En su consecuencia preguntó Benedetti á Bismarck lo que significaba esta mision chocante de un general del ejército en campaña, y el ministro prusiano le contestó que la mision nada tenía que ver con su conversacion del 7 de agosto; todo lo que quería el rey era dar satisfacción á la corte de Rusia por haberse negado á aceptar la proposicion del congreso. Esto no satisfizo al embajador de Francia, que

(3) De los días que precedieron á la guerra se ha publicado una correspondencia despues de estar escrito el segundo capítulo de este libro quinto, á la cual nos podemos referir aquí todavía. El 27 de marzo de 1866 el arzobispo Paulo de Colonia, en una larga carta, había tratado de disuadir al rey Guillermo de la guerra con Austria, insistiendo particularmente en el temor de los habitantes del Rhin de que la guerra pudiera entregarles á la Francia, lo cual era causa de la depresion de los ánimos que dominaba en todas las comarcas del Rhin, en Westfalia y en Hanover; y de que los soldados y reservistas alemanes, que en otras ocasiones y la última vez tres años antes habían acudido con grande alegría, dispuestos á todos los sacrificios, al llamamiento de su soberano, obedecerían á la sazón solo por subordinacion ciega, sin entusiasmo y brio y hasta con repugnancia. A esto contestó el rey en 4 de junio exponiendo con mucha elocuencia la política del Austria, que le obligaba á la guerra, y diciendo al final de la extensa carta: «Hace cuatro días que el Austria rasgó en el consejo federal sin comunicarlo á la Prusia el tratado de Gastein y ha sometido al mismo consejo la cuestion de los ducados, que debía ser arreglada entre nosotros y no ante el consejo federal. Así ha continuado el Austria incesantemente sus perfidias, sus mentiras y su falta al tratado. Ahí tiene usted, pues, en resúmen la situación en la cual ha sido puesta la Prusia. He luchado en mis oraciones con mi Dios para conocer su voluntad y solo despues he procedido segun mi conciencia, teniendo á cada paso presente el honor de la Prusia. Segun esta exposicion se convencerá usted de que vamos á entrar en una lucha en la cual se trata de la existencia de la Prusia y de que solo se trocará en una guerra fratricida si la Alemania, excitada por el Austria, forma alianza con ella contra mí espontáneamente. Sabe el mundo que no renunciaré voluntariamente á ningun territorio alemán y antes de hacerlo habrían de derramarse rios de sangre. Ore usted por mí y por la Prusia, y nuestros corazones se encontrarán ante el trono de Dios, cuya voluntad se cumple en el cielo como en la tierra. Amen. Su rey que le quiere: *Guillermo.*» Schneider: *Vida del emperador Guillermo.*